

## La calle y el barrio como entornos violentos y espacios de subjetividad política de niños, niñas y jóvenes en la ciudad fronteriza de Cúcuta (Colombia)<sup>1</sup>

Nohora Constanza Niño<sup>2</sup>

Recibido: 1 de marzo de 2019 / Aceptado: 12 de julio de 2019

**Resumen.** Este artículo tiene como objetivo comprender los procesos de construcción de subjetividad política en niños, niñas y jóvenes que viven en un contexto de violencia armada. Para tal fin se reconoce la calle y el barrio como los espacios por excelencia en el que ellos y ellas se desenvuelven, se encuentran con otros actores, particularmente actores armados y, a partir de estas interacciones, van recreando y redefiniendo dicha violencia que incide en sus formas de construir comunidad. Señalamos que, en comunidades afectadas por esta violencia armada, que han sido replegadas del espacio público debido a su regulación y control por los actores violentos, los niños y niñas figuran protagónicamente disputando estos espacios a través de su cuerpo y sus interacciones, convirtiéndose en un elemento importante para evitar la pérdida total de socialidad y el carácter público de dichos espacios.

**Palabras clave:** Niños y niñas; jóvenes; violencia; subjetividad política; calle.

## [pt] A rua e o bairro como ambientes violentos e espaços de subjetividade política das crianças e dos jovens na cidade fronteiriça de Cúcuta (Colômbia)

**Resumo.** Este artigo tem como objetivo compreender os processos de construção da subjetividade política em crianças e jovens que vivem num contexto de violência armada. Para tal, a rua e o bairro são reconhecidos como os espaços por excelência em que se desenvolvem, se encontram com outros atores, em especial atores armados e onde, a partir destas interações vão criando e redefinindo esta violência que afeta as suas formas de construir a comunidade. Observamos que, nas comunidades afetadas por esta violência armada, retiradas do espaço público por serem reguladas por atores violentos, as crianças figuram, disputando de forma protagonista, estes espaços através dos seus corpos e das suas interações, tornando-se um elemento importante para evitar a perda total da sociabilidade e da natureza pública dos espaços.

**Palavras-chave:** Crianças; juventude; violência; subjetividade política; rua.

<sup>1</sup> Este texto hace parte de la investigación doctoral “Las tramas de la violencia: construcción de subjetividad política en contexto de violencia armada”, cuyo estudio de caso fue la ciudad fronteriza de Cúcuta. Esta investigación contó con el apoyo de la beca de CLACSO- CONACyT y Margaret McNamara Education Grant. El trabajo de campo fue realizado durante el año 2016 en la ciudad de Cúcuta-Colombia.

<sup>2</sup> Doctora Investigadora del programa Cátedras CONACyT, adscrita a El Colegio de Sonora, México.  
E-mail: nohora.nino@flacso.edu.mx

## [en] The Street and the Neighborhood as violent Places and as Spaces of political Subjectivity of Children and young People in the border City of Cúcuta (Colombia)

**Abstract.** This article aims to understand the processes involved in the political subjectivity of children and young people in a context of armed violence. Public streets and the local neighborhood are recognized as being the setting of this subjectivity, where the children come into contact with other actors, especially armed actors; as a result of this interaction, they recreate and redefine violence, which ultimately becomes part of their way of building community. We note that, in communities affected by this armed violence in which children have been forced to retreat from public spaces owing to the control and pressure exerted by violent actors, children have bodily become protagonists in the dispute for public spaces and an important element in avoiding the total loss of sociality and the public nature of these spaces.

**Keywords:** Children; young people; violence; political subjectivity; public places.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. ¿De qué hablamos cuando de subjetividad política se trata? 3. El contexto violento y la difícil narrativa de un nosotros. 4. La calle y el barrio como escenarios donde se construye subjetividad política. 4.1 Subjetividad liminal. 4.2 Subjetividad de la disputa. 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Constanza Niño, N. (2019): La calle y el barrio como entornos violentos y espacios de subjetividad política de niños, niñas y jóvenes en la ciudad fronteriza de Cúcuta (Colombia), *Sociedad e Infancias*, 3, 65-82.

### 1. Introducción

Colombia ha tenido un conflicto armado de larga duración y, en sus últimos años, ha confluído una violencia difusa en la que tanto la violencia política como la violencia criminal se han imbricado. Guerrillas, paramilitarismo, narcotráfico y delincuencia común confluyen en los mismos territorios, coaccionando comunidades, generando procesos de intercambio pero, sobre todo, implementando acciones violentas que han socavado los vínculos comunitarios y los sentimientos de confianza entre los pobladores donde éstas se ejecutan.

La ciudad fronteriza de Cúcuta y su área metropolitana ha sido y es actualmente un escenario permanente de actores armados ilegales que se mueven particularmente por los márgenes de la ciudad que son, al mismo tiempo, lugares de conexión a la ruralidad donde el narcotráfico expande su negocio.

Lo anterior nos permite considerar que la violencia armada en esta ciudad ha dejado de ser un acontecimiento que irrumpe la dinámica de este territorio y se muestra como un fenómeno que hace presencia permanente. Es a partir de esta presencia cotidiana que nos interrogamos sobre las formas en que la violencia se convierte en un elemento que influye en los procesos de constitución de la subjetividad política de quienes viven allí. Esta inquietud por supuesto se encuentra en la misma línea de lo que autoras como Reguillo (2008) han señalado como la necesidad de tomar distancia de las lecturas que le otorgan un carácter de excepcionalidad y, por el contrario, ubicarla como un elemento que tiene fuerza organizadora, que participa en la configuración de un tipo de ordenamiento social capaz de influir en las formas en que los individuos se asumen a sí mismos y en su relación con los otros.

En esta medida, también se toma distancia de la mirada unidireccional de la violencia como destructora de vínculos sociales, particularmente de aquellas que se centran en interpretarla a partir de la idea de anomia. Por el contrario, la violencia es observada en su capacidad de transformar y generar vínculos y de configuración de la otredad, es decir, en las condiciones que ella posibilita para el establecimiento de formas de vinculación con los otros y comprender cómo a través de éstas los sujetos construyen sus particulares modos de verse y estar en comunidad.

En el marco de esta cotidianidad plagada de violencia armada, nos preguntamos por las posibilidades que tienen niños, niñas y jóvenes de construir una subjetividad política que les permita configurar una idea de comunidad política, es decir, de construir una noción de Nosotros, allí donde los vínculos han estado golpeados por las emociones del miedo y la desconfianza. Por tanto, resulta válida la pregunta: ¿cuáles son los elementos que ellos y ellas recuperan para la construcción de su Nosotros?

En este sentido, el presente documento habla respecto de estos elementos a partir de un trabajo cualitativo de investigación en el que se abordaron 7 grupos de niños, niñas y jóvenes menores de 18 años; 3 grupos de niños y niñas en edades entre los 8-11 años y cuatro grupos de jóvenes entre los 13 y 17 años. Cada grupo contó con la participación equitativa en términos de género. Estos grupos se desarrollaron en tres sectores de la ciudad, identificados como zonas de alto riesgo por presencia de actores armados y de baja condición socioeconómica. Dos de los grupos de jóvenes pertenecieron a una institución educativa de carácter privado con una estratificación económica de alto ingreso. La selección de los lugares de trabajo fue intencional, considerando el carácter de incidencia homicida en la zona. Por razones de seguridad, el trabajo con los niños, niñas y jóvenes fue desarrollado en el espacio educativo, con el fin de contar con un respaldo y resguardo institucional. El trabajo con cada grupo fue llevado a cabo en un total de 5 sesiones en las que se desarrollaron actividades de juego, trabajo con material visual como disparadores de los diálogos respecto a la experiencia de la violencia en su comunidad. También se desarrollaron 31 entrevistas a profundidad con los participantes de estos grupos.

Este documento se encuentra organizado de la siguiente manera: en primer lugar, realizaremos un acercamiento a la discusión del marco de la subjetividad política y la manera cómo se entiende para el presente texto. Posteriormente, señalaremos brevemente la historia de la ciudad y las dificultades que se generan a partir de ella para la construcción de una narrativa del nosotros. Siguiendo la discusión, se abrirá el análisis de las subjetividades que se han construido en estos entornos violentos y, por último, señalaremos las conclusiones que derivan de este ejercicio analítico.

## **2. ¿De qué hablamos cuando de subjetividad política se trata?**

Existen en la actualidad significativas aproximaciones al concepto (Häkli y Kallio, 2014; Alvarado y Gómez, 2013; Martínez y Cubides, 2012; Bonvillani, 2012; Arias y Goldstein, 2010; Bolívar, 2004) las cuales a grandes rasgos consideran la subjetividad política con los procesos de producción simbólica-emocional de las experiencias vividas en relación con la política. Dentro de los ejes que se observan como relevantes en su conceptualización se encuentran: autonomía, conciencia histórica, el plantearse utopías, reflexividad, ampliación del círculo ético, articulación de la acción y sus narrativas, configuración del espacio público y la negociación del poder (Muñoz y Alvarado, 2011).

En este mismo sentido Rabello de Castro (2012, 2009, 2004) expresa que la subjetividad política, siguiendo a Rancière, tiene que ver más con las múltiples identificaciones y deconstrucciones que las personas realizan de sí mismos en el marco de los intercambios y tensiones frente a los otros y lo Otro que se vive en la cotidianidad, es decir, se trata de procesos de desplazamientos subjetivos librados por confrontaciones que ocurren tanto en los espacios privados y públicos -familia, escuela, calle, ciudad-. La autora también refiere que este tipo de subjetividad tiene que ver con las posibilidades de participación del individuo en las decisiones que los involucran en su vida con otros, la construcción de colectivos para convivir y hacer un proyecto común.

Asimismo, la construcción de subjetividad política es capaz de cuestionar el orden existente, evaluar las condiciones en que el supuesto de igualdad se genera, cuestiona también la forma en que se distribuyen los espacios públicos y privados y lo que se disfruta en cada uno de ellos. Se trata, contrario al sujeto político que ha planteado la tradición liberal, de una formación de sí mismo que no es individualizada, sino que, por el contrario, es un sí para otro (Rancière, 1995, citado en Rabello de Castro, 2009, p. 798). Para Rabello, subjetivarse políticamente pasa por la pregunta acerca de lo que se considera importante para todos en la medida que el mundo público está en constante disputa debido a las tensiones que se presentan otros valores, intereses y cuestiones.<sup>3</sup> La subjetividad política que aquí se enuncia conlleva a su vez la interpretación de la política como “el lugar donde nos podemos reconocer a nosotros mismos como participantes en una comunidad” (Mouffe, 1998: 117).

Lechner (2002) plantea esta dimensión subjetiva de la política dando cuenta de la relación recíproca entre la democracia y la significación de las vivencias, considerando de fondo una pregunta por el orden que no remite sólo a lo estructural. Para él, esta pregunta tiene que ir orientada a dar cuenta sobre “las emociones, creencias e imágenes con las cuales nos orientamos en la vida cotidiana” (Lechner, 2002: 7). Es decir, de qué manera, en espacios donde la incertidumbre acecha y, por tanto, los vínculos y el arraigo se debilitan producto de un entramado violento, la búsqueda por la construcción de un Nosotros se logra concebir, qué incluye y qué excluye en esta construcción. Para ello, hay que entender la subjetividad política como el conjunto de valores, creencias, disposiciones mentales, conocimientos prácticos, normas, experiencias y expectativas a través de las cuales se define la idea del Nosotros. Así, se permite que los individuos se sientan vinculados como una comunidad en tanto realidad y proyecto. Esta configuración de un Nosotros, por supuesto, trae consigo aparejada la construcción de un Otro, se trata de un proceso de inclusión y exclusión al mismo tiempo, por lo cual, será necesario explorar cuáles son las características que en entornos violentos como los que se viven dentro de un país que lleva un conflicto armado de larga duración e integrado a lógicas de orden criminal, se adscriben como definitorias en dicho proceso, particularmente, cómo trabajan las emociones de miedo y terror que son promovidas por los actores armados para el control social territorial y la confianza respecto a un círculo mayor al familiar, que permita ampliar esta idea de comunidad.

---

<sup>3</sup> Y es precisamente esta posibilidad de que lo político sea un terreno de lucha, lo que abre también el camino para pensar la forma en que la violencia armada y el crimen organizado son capaces de disputar material y simbólicamente los valores, intereses y cuestiones de cierto orden particular.

Como lo plantean Häkli y Kallio (2014), en tanto que el sentido de la política tiene que ver con la orientación de los problemas del vivir juntos en un mundo compartido no sólo de pluralidad y diferencia, se hace necesario observar de qué manera se definen las problemáticas de coexistencia y asociación en estos contextos violentos. Estos autores plantean espacios geográficos, institucionales y relacionales, en donde se construyen estas relaciones, por ello incorporan la idea de *polis*<sup>4</sup>, para mencionar estos distintos espacios y tiempos donde esta subjetividad política se desarrolla. Para Mead (1993), en nuestra existencia como personas, solemos pertenecer a pequeños círculos y generalmente nos quedamos en estos, por lo cual el Otro generalizado implica una comunidad estrecha, de tal manera que, desde una mirada topológica, existen una serie de polis, en las que los niños se experimentan y reconocen como miembros. Esta polis no es simplemente un espacio físico continuo, sino un espacio constituido por relaciones intensas que se configuran a raíz de lo que es importante para los involucrados.

Considerando los anteriores aportes, enfatizamos aquí la subjetividad política como la construcción particular que realizan los sujetos de una idea de *Nosotros*, a partir de las experiencias vividas dentro de espacios y tiempos constituidos por relaciones que les resultan significativas. En este sentido, nos refiere a un sentido topológico, haciendo referencia sobre los espacios significativos en donde los niños y niñas construyen una idea del *nosotros*. También la consideración de las ampliaciones y restricciones respecto a los espacios públicos y privados que ellos ayudan a construir, así como los procesos de exclusión que operan en la construcción de estas polis.

### 3. El contexto violento y la difícil narrativa de un nosotros

Cúcuta se encuentra situada en la frontera de Colombia con Venezuela y desde hace ya unas décadas, como consecuencia del conflicto armado de larga duración<sup>5</sup> que ha vivido Colombia y de la creciente desigualdad y las dinámicas del tráfico de estupefacientes, la ciudad ha sido escenario de disputas entre diferentes actores armados que se mueven en los márgenes de la violencia política, del crimen organizado y la delincuencia común.

La violencia política acaecida a finales de los años noventa y dos mil en manos de los paramilitares en su incursión a la ciudad y el área metropolitana dejó a su paso múltiples homicidios, masacres y desapariciones. La circulación de panfletos<sup>6</sup> ame-

---

<sup>4</sup> Los autores se refieren con este concepto no desde la perspectiva tradicional que lo ha sostenido – en términos de las ciudades estado- sino como una forma de caracterizar las muchas dimensiones contextuales y relacionales que pertenecen a una agencia política.

<sup>5</sup> Colombia es un país que ha estado inmerso en un conflicto armado interno que lleva 60 años de existencia. Desde la llamada “Violencia” en la que liberales y conservadores se perseguían y se eliminaban mutuamente, a la existencia actualmente de una violencia de carácter difuso en el que confluyen distintos actores: la guerrillas, particularmente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC que actualmente han firmado el acuerdo de paz y se han desmovilizado, el Ejército de Liberación Nacional- la segunda guerrilla activa en el país y con la cual aún no se logra un proceso de negociación fructífero-, los grupos paramilitares, actores armados con vínculos muy fuertes con el Estado, como parte de su lucha contra la insurgencia y de la estrategia de Estados Unidos para la lucha contra la insurgencia revolucionaria (Zelik, 2015).

<sup>6</sup> Los panfletos o volantes que, bajo una retórica discursiva de terror, amenazan de muerte y con palabras groseras y denigrantes a diversos grupos de la comunidad.

nazantes hacia algunos sectores poblacionales como LGBTI, trabajadoras sexuales, personas vinculados con la delincuencia y en general toda la población que fuese detenida en el horario de prohibición establecido por el grupo ilegal sería sujeto de una acción armada. Estas actuaciones permitieron a los grupos paramilitares operar y generar un control social del territorio. En el eje fronterizo se hicieron toma de ocho lugares estratégicos que usaron como “campos de exterminio” donde muchas de sus víctimas fueron asesinadas de manera cruel. Durante este período señalan ellos que se cometieron alrededor de 2000 asesinatos (Fundación Progresar, 2005).

Luego de la desmovilización paramilitar en el año 2005, la ciudad ha visto crecer los llamados grupos de recomposición paramilitar<sup>7</sup>: Rastrojos, Águilas Negras, Los Urabeños, grupos que se disputan el control de las rutas de salida de estupefacientes, pero a su vez, han ampliado su mercado a través de la extorsión al paso de contrabando en la frontera y las actividades comerciales, el ofrecimiento de seguridad bajo la idea de “limpieza social” y los cobros por el tránsito de población que migra de uno a otro lado de la frontera. Asimismo, se disputan el microtráfico de drogas en el mercado interno. En la actualidad, los asesinatos continúan, los panfletos siguen presentes y el control social permanece en muchos sectores, particularmente de las zonas marginales.

La cotidianidad de la ciudad ha estado marcada por esta fuerte presencia armada violenta. Durante la incursión paramilitar y posterior a su desmovilización, se construyó una narrativa que definió bajo la categoría sujeto enemigo –“objetivo militar” en términos de estos actores armados– a miembros de las milicias de las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias –FARC-EP– y del Ejército de Liberación Nacional –ELN–, pero también a expendedores de droga, consumidores de droga, trabajadoras sexuales y población LGBTI. Todos estos sujetos fueron blanco de las acciones armadas o mal llamada “limpieza social”. En la sociedad colombiana venía operando una construcción de sentido del guerrillero al que se le canalizaba como terrorista, delincuente, bandido, que termina siendo empleado por los paramilitares como un discurso legitimador de las acciones violentas y de horror sobre sus víctimas a las cuales se le suman otro tipo de sujetos que la sociedad en sí misma había construido con juicios valorativos de discriminación y tratados como “desechos”, vidas precarias como lo plantea Butler (2006).

La cotidianidad en la que viven estos niños y niñas está cruzada por estas narrativas que ven en el otro un enemigo, un sujeto amenazante que genera desconfianza en tanto tiene la capacidad de poner en peligro su seguridad. Antes que las condiciones para la construcción de un Nosotros, los niños, niñas y jóvenes elaboran la configuración de varios otros: el *sujeto del mal* –consumidores, expendedores y ladrones– que se convierten en la amenaza directa de su seguridad. También construyen al sujeto *liberador del mal* que tiene el poder físico y simbólico de liberarlos de ese otro que representa el mal, encarnado primero en los paramilitares y actualmente en la figura de los nuevos actores criminales. Y, por último, construyen al *otro ausente*, el Estado

---

<sup>7</sup> Existe una tensión con el uso de estos términos. Para el gobierno de Álvaro Uribe, luego de la desmovilización del paramilitarismo hacia el año 2005, los grupos que se rearmaron fueron nombrados oficialmente bandas criminales- BACRIM- con ello, despolitizaron el actuar de estos grupos que mantuvieron el despojo de tierras, los asesinatos y el desplazamiento forzado como parte de su actuación armada. Sin embargo, las organizaciones defensoras de derechos humanos en el país han decidido llamarles grupos de recomposición paramilitar para hablar del hecho de que la desmovilización no logró generar la paz esperada y, por el contrario, se agudizó el conflicto y la violencia contra la población civil, con el agravante de no ser reconocida como parte de una violencia política.

encarnado en la figura policial, que se encuentra ajena a su rol de protección de la vida y la garantía de la tranquilidad. Esta construcción de la alteridad les permite dar lugar a sus contemporáneos más próximos, con los que viven y conviven a diario. Ante esta diferenciación, queda claro que en el relato social, la definición de nosotros está atravesada por la idea del bien y del mal. Los otros son aquellos que se han establecido como los ejes del mal de la sociedad y nosotros, las personas de bien, que no hacemos daño a los demás.

Si bien la vida pública resulta dilemática como lo señala Rabello de Castro (2007), la vida en estos espacios carentes del Estado como referente parece convertirse en un espacio que es permanentemente desestabilizador. Estas subjetividades tienen que vérselas a solas y a tientas definiendo las reglas operantes de acuerdo al actor armado que disputa y controla el territorio y en algunos casos, suspendidos, replegados a su entorno de seguridad, lo privado. En estos espacios, los niños, niñas y jóvenes tienen pocos referentes de entornos democráticos, de acciones conjuntas, de “modos de hacer juntos” que sean más perdurables. El peso queda puesto en el sujeto individual y sus capacidades de entendimiento y resolución de su cotidianidad, mientras que el mundo compartido es un mundo por rehacerse.

#### **4. La calle y el barrio como escenarios donde se construye subjetividad política**

Teniendo en cuenta que los sujetos son espacializados y que la política tiene lugar en las relaciones que se establecen con los otros en espacios topográficos o imaginados, nos parece relevante considerar las formas en que los niños, niñas y jóvenes establecen sus relaciones con aquellos que hacen parte de su *nosotros* y del *otro*, en espacios que les son más cercanos como la calle y el barrio. Estos se convierten en marcadores territoriales que espacializan la pertenencia imaginaria a una comunidad, lo que también trae consigo la idea de una frontera que se establece entre quienes son incluidos y las confrontaciones que se configuran con aquellos que se convierten en sus otros (Sabsay, 2011).

La calle se ha constituido en un escenario donde el sujeto infantil y juvenil ha podido darse un lugar en el marco de la vida pública. Es el espacio que reclaman para sí como actores sociales. A través de ella permiten hacerse visibles jugando las reglas que allí se establecen, pero también creando nuevas reglas, nuevas formas de estar en un espacio que intenta ser controlado y organizado por la vida adulta pero que ellos y ellas resisten constantemente incluso cuando otros, como los actores armados -sujetos del mal, liberadores del mal- también disputan y regulan su existencia.

La presencia de actores armados en estos barrios reglamenta los espacios públicos como la calle, las canchas y los parques. Las esquinas que particularmente son los sitios de encuentro de los jóvenes se constituyen en sectores donde confluye la presencia de tanto de consumidores de droga como de expendedores. Este lugar se constituye en un campo de lucha por su apropiación y sentido, los actores armados desarrollan un rebasamiento de los límites espacio temporales en la medida que estos actores se encargan de generar condiciones de uso y apropiación de dichos espacios (Restrepo y Cardona, 2013). Esta disputa se desarrolla entre esa otredad que tiene tres rostros: el contaminante -consumidor de droga-, el amenazante -delincuente- y el liberador del mal -miembros de grupos criminales organizados que establecen un control territorial- y los habitantes de los barrios.

Para estos actores, la calle se desplaza de su noción de espacio social en el que se generan encuentros con el otro hacia uno más de uso privativo, buscando imponer una representación del espacio en el que se evocan emociones como el miedo y la angustia. Mientras los sujetos contaminantes se apropian de las calles, esquinas, canchas deportivas y parques, los liberadores del mal configuran este espacio como representación de su poder clandestino ante la ley, pero oficial para quienes habitan el sector. La regulación de horarios para estar en la calle que es sancionada a partir de los panfletos y el rumor, hace que al llegar la noche, el espacio que durante el día ha significado el encuentro con el otro, de expresión de la vida activa del barrio, termina por evocar el espectro de la muerte que tiene permiso para transitar libremente y provocar emociones de miedo y riesgo. En el marco de esta disputa, las formas como niños, niñas y jóvenes se posicionan, se encuentran con su nosotros y se distancian de los otros, aparecen unas formas de relación de negociación y cercanía y otras de disputa del espacio para lo cual el cuerpo se vuelve su principal herramienta.

#### 4.1. Subjetividad liminal

Siguiendo los relatos de niños, niñas y jóvenes, se pueden establecer diversas formas de configuración de estos espacios topográficos. La calle y el barrio se viven de manera diferente si se es niño, niña, joven hombre o joven mujer así como de distinta condición social. Sin embargo, también hay un elemento diferenciador que surge en sus relatos. Esta experiencia se vive de manera distinta dependiendo de los involucremos, las interacciones que se sostienen con los Otros. En este sentido, hemos querido mencionar aquí las subjetividades liminales para hacer referencia a quienes sus experiencias de cercanía con estos otros los ponen en un lugar de indefinición respecto a las narrativas que la sociedad ha hecho de ellos.

Son aquellas subjetividades que se encuentran entre el tránsito del *nosotros* que narra su comunidad próxima y los *otros* dentro de los cuales ellos también mantienen vínculos afectivos, de relación o participación, y, por tanto, les resulta tensionante realizar cierres categóricos entre quienes pueden o no pertenecer a ese nosotros. Los procesos de inclusión y exclusión les resultan realmente dilemáticos y afectivamente dolorosos.

Cuando Pedro recuerda su tiempo de infancia en el sector B, menciona que la presencia de actores armados miembros de la banda delincinencial que opera en la zona generaba dificultades a la población para que pudiese disfrutar de estos espacios. Allí en estas calles convivían muchos niños y jóvenes habitantes de calle que eran consumidores. Narra que durante este tiempo estos niños eran expuestos a agresiones sexuales por parte de quienes eran mayores y no había reclamo por parte de nadie, ni ellos decían nada “porque eran niños de la calle”, sujetos no vinculados ni vinculables, que no tienen dolientes y, por tanto, como él mismo lo indica, crecían siendo víctimas de estas acciones sin ninguna familia ni institucionalidad que pudiese adjudicarse responsabilidad por ellos.

En el marco de su infancia y en un panorama difícil como muestra a través de su narración sobre este lugar, menciona no haberse sentido afectado por esta dinámica de regulación tácita que imponía la violencia armada en la zona. Dos elementos adjuvica a su práctica del espacio, por un lado, era sobrino de dos hombres que operaban en la zona dentro del mundo de la delincuencia, lo cual le daba cercanía con esos otros amenazantes que le conocían. Por otro lado, también se reconoce a sí mismo

como un sujeto con habilidades para relacionarse con los otros, particularmente con aquellos que son observados como distintos y problemáticos en el ámbito barrial:

Yo he sido como de buen ambiente, porque a mí no me gusta tener enemigos entonces yo les hablaba mucho a las personas, las conocía, me los ganaba, cualquier cosa uno hablaba con ellos, y ellos lo podían ayudar a uno en algún problema o algo [Pedro, 14 años, sector A].

La capacidad de presentarse al otro como un sujeto próximo, que no discrimina y que no observa diferencias entre ellos, que les otorga una categoría de iguales a pesar de las condiciones en las cuales se mueven, le posibilitan en su criterio, conseguir una aceptación en dicho espacio donde relata que incluso llegó a sentir mucha confianza. Él se gana el respeto de estos sujetos por las relaciones en las que median sus tíos pero también por las actitudes que él mismo ha decidido tomar frente a estos sujetos, su mundo y las relaciones que allí se tejen.<sup>8</sup> En este sentido, Pedro muestra desde chico su habilidad para sobrevivir en medio de un espacio conflictivo como el de su barrio.

Pero en el sector A, donde ahora vive siendo joven, observa que las relaciones con los otros cambian. Allí lo han conocido como un joven involucrado en la vida del consumo y, por tanto, las relaciones que construye con la gente del barrio son distintas, siente la mirada observadora y acusadora de la comunidad, incluso menciona que para su abuela él es “un marihuanero, una rata”<sup>9</sup>, comentarios que le generan malestar y tristeza porque es su familia y para él, la familia es el punto de apoyo. En el barrio está la idea de no compartir con él precisamente por su involucramiento con esos otros estigmatizados. Para la gente en el barrio, Pedro tiene entonces una doble condición que le es impuesta por la comunidad, es un sujeto joven y además es consumidor, dos elementos que lo catalogan en el eje del mal, asumiéndolo como parte de un sujeto contaminante y sólo se encuentra comprendido por aquellos que, de alguna manera, han estado involucrados o han tenido alguna experiencia en la vida delictiva.

Siguiendo su relato, la calle es un espacio que permite el encuentro del mundo legal e ilegal, allí confluyen todos los actores que hacen parte de la comunidad y sus interacciones en algunos casos tensas y en otras más relajadas con relación a la proximidad que logren con un actor armado. En estos espacios, dice Pedro, tanto los niños como los jóvenes tienen la oportunidad de conocer las distintas opciones de vida y decidir de manera autónoma -relativa señalamos nosotros- cuáles son los caminos que desea para sí.

La calle es el lugar donde puede hacerse un sujeto visible y en su caso, el de ser reconocido por otros, una permanente inquietud y fascinación que manifiesta duran-

---

<sup>8</sup> Es también importante mencionar que, en su momento, cuando vivía en el sector B, Pedro tenía menos de 8 años, por tanto, la noción de sujeto infantil también se convierte en un elemento fundamental para ser observado de manera distinta en su relación con quienes participan del mundo ilegal. La sociedad ha construido y mantiene aún la idea del niño como un sujeto apolíneo, sujeto ingenuo e inocente. En muchos casos esta mirada, incluso desde los sujetos ilegales, está atravesada por una benevolencia. En muchos casos, también dentro del mundo ilegal, esta representación del sujeto infantil ha sido crucial para querer reclutar niños y niñas dentro de sus grupos, evadiendo por un lado las sospechas y, por otro lado, aprovechando un ámbito jurídico que actúa de manera diferenciada y que no los expone a un proceso jurídico como el que es llevado por los sujetos adultos.

<sup>9</sup> Marihuanero: consumidor de marihuana. Rata: ladrón.

te todo su relato. Pedro construye relaciones más próximas con los jóvenes que se convierten en su “parche”<sup>10</sup>, con los cuales siente afinidad por sus intereses, particularmente, como él mismo lo menciona, el de “querer vivir todo de lo que se trata la calle”. En este sentido, la calle es un lugar de aprendizajes, un espacio representado en la dinámica ilegal, la violencia y la emoción de vivir en el rebasamiento de los límites que impone la sociedad, es un espacio liminal donde confluyen tanto el orden deseado que se plantea normativamente por la sociedad, así como el mundo de lo ilegal, ese mundo que le coquetea y por el cual establece relaciones con sujetos que participan de él.

Pedro ha decidido involucrarse con el mundo de lo ilegal y experimentar la vida con los riesgos que esto conlleva, porque él ha deseado obtener un nivel de reconocimiento no sólo en este espacio próximo, sino en los distintos barrios en los que se mueve la ilegalidad tanto del consumo como del expendio de drogas. En este sentido, las relaciones de Pedro con sus pares o con los adultos que se encuentran fuera del mundo ilegal se tornan distantes, para ellos, él es el sujeto al que se le debe mantener lejos para evitar cualquier riesgo que pueda generar dicho contacto:

Las mamás comienzan a mirarlo a uno como lo peorcito y les dicen a sus hijos que no se junte con él porque me lo daña, de pronto lo matan por estar con él [Pedro, 14 años, Sector A].

Él hace parte de ese mundo que es visto en la calle como inestable, del que no se sabe qué se pueda esperar y, por tanto, está fuera del acceso, cuesta aprehenderlo y genera incertidumbres en el proceso de construcción de un mundo cotidiano. Allí puede o bien tomar decisiones para seguir en el mundo de la legalidad y los preceptos que pone el “deber ser” que la gente observa como una orientación de vida o establecer relaciones que le permiten experimentar el mundo de lo ilegal en el que sabe que la vida se hace más corta porque el riesgo que corre es mayor, pero sirve a sus intereses de reconocimiento y respeto que se han convertido en su mayor deseo, elementos que admira en los sujetos con los cuales comparte en este espacio.

En la calle se sabe próximo a este grupo de jóvenes que buscan vivir una experiencia al límite, en el que coquetean con la muerte, mantiene una biografía compartida aunque no se siente totalmente deslindado de la vida del mundo legal en el que también se mueve y del cual él participa en espacios como la familia o la escuela. En este sentido, Pedro se nos revela como un sujeto liminal, ha aprendido y compartido los códigos de ambos mundos con lo cual se muestra como un sujeto hábil para desempeñarse en los marcos que cada uno le proporciona.

No obstante, el mundo de lo legal, el espacio de la comunidad le resulta problemático en la medida en que quienes se posicionan desde este lugar han construido distancia respecto a él, a los sujetos como él, a quienes definen como alteridades radicales debido a su contingencia. El mundo de lo ilegal le resulta más íntimo que el mundo “legal”<sup>11</sup> que ofrece el barrio y que en gran parte lo hace sentir anónimo.

<sup>10</sup> Grupo cercano de amigos.

<sup>11</sup> Las comillas del término hacen referencia a que como se ha mencionado anteriormente, la sociedad cucuteña se ha establecido sobre la base de muchas actividades que resultan fuera de la norma que plantean las instituciones. En estos barrios viven familias cuyo sustento se encuentra en la venta informal, en el contrabando y por tanto esa ilegalidad es ampliamente aceptada, hace parte de su mundo de vida.

Ser un sujeto liminal, que comparte los códigos de uno y otro mundo hace que ante la herencia que ha dejado la violencia armada, particularmente el paramilitarismo y la idea de la eliminación de los sujetos que se observan como peligrosos, este tránsito entre un mundo y el otro le plantee una disputa interna. Él es capaz de sentir empatía con los sujetos que viven en este mundo ilegal porque ha hecho parte, conoce las emociones, sentimientos y disposiciones que allí se tejen, porque sabe que dentro de este mundo también se establecen relaciones de cercanía, de acompañamiento, de alegrías y de dolor. Las interacciones intensas que mantiene en este mundo ilegal le permiten posicionarse con menos indiferencia de lo que resulta para otros pares.

Él ve *sujetos* afectados, motivados, con deseos y proyectos allí donde la comunidad observa un no sujeto, o sujetos del desecho. En este sentido, no es posible para Pedro construir fácilmente una comunidad en donde estos son excluidos, ellos se le cuelan por las grietas que va dejando su construcción subjetiva en la medida que es un sujeto escindido, reconociendo que hay más que esta posición de *ellos* y nosotros que configura la sociedad que le rodea y que construye esta relación de exclusión. Este proceso de construcción de sí mismo y de definición de su polis en el espacio de la calle es compartida por algunos otros que han tenido cercanías con los sujetos consumidores y amenazantes como ocurre con María.

En María, se observa un giro en sus relaciones dado que se esfuerza por abandonar sus vínculos con esos otros que se han constituido en los sujetos más cercanos con quienes ha guardado relación a partir de sus relaciones de pareja o amigos. Ella ha participado de ese mundo ilegal con el cual tuvo contacto inicialmente por las acciones que emprendía cuando participaba de la barra del Indio, seguidores del equipo de fútbol de la ciudad, debido al consumo de sustancias psicoactivas que hace parte del repertorio de algunos miembros de la barra.<sup>12</sup> En algunos de nuestros encuentros María relataba su inconformismo con las reglas de casa lo cual siempre la lleva al espacio de la calle como ese lugar donde puede ser ella, aplicar sus reglas, sentirse libre de lo que sucede al interior de su hogar. Sin embargo, se dará cuenta que la calle tiene sus propias reglas, las que demanda la sociedad, pero también aquellas que grupos armados, delincuenciales y consumidores generan. Allí aprende que las reglas de uno y otro mundo no aplican para todos por igual, que hay diferenciaciones de género que operan en este espacio y que, por tanto, ella, por ser mujer, se juega mucho más en este espacio y en la construcción de relaciones.

Dentro de su narrativa se puede observar que en este mundo de la calle donde ella participa, ser mujer se mueve en dos márgenes. Por un lado, está la imagen de la mujer que vinculada a este mundo actúa con un desenfreno sexual, capaz de utilizar su cuerpo como elemento de intercambio para acceder al consumo y también, como lo menciona Pedro, participar activamente en la comisión de delitos a partir del uso

---

<sup>12</sup> Durante un buen tiempo en la ciudad, se corría el rumor, y en las organizaciones sociales se mencionaba también que las bandas seguidoras del Cúcuta Deportivo, equipo local de fútbol, estarían siendo armadas y utilizadas por los actores del crimen organizado en la ciudad. Durante el tiempo de trabajo de campo, asistimos a dos reuniones con los líderes de sectores de la barra del Indio, y allí se observaba que era un grupo de personas que provenían de diferentes sectores: estudiantes universitarios, trabajadores informales, trabajadores de zapatería que estaban participando de un espacio de encuentro en el que se quería construir acciones de paz para evitar que se convirtieran en barras delictivas y violentas. Incluso, algunas notas de columnistas señalaron que algunos asesinatos que se realizaron en la ciudad contra barristas tenía que ver con el hecho de que las bandas criminales, siguiendo la actuación paramilitar, asesinaron a estos jóvenes por ser relacionados con la delincuencia.

de su sexualidad: coquetear, seducir, tener relaciones sexuales para que los hombres puedan hacer el resto de su trabajo delincriminal.

En la vida de lo ilegal, su subjetividad se encuentra anclada a un cuerpo objetivado sexualmente, de tal manera que este mundo que ellos revelan en su relato sostiene y acentúa una centralidad heteronormativa y jerarquizada que subordina el rol de la mujer en el marco de las relaciones que allí se tejen. Los grupos armados aprovechan la búsqueda de autonomía que ellas desean para sí y por la cual toman distancia de las normas que impone su familia y hogar, buscando un espacio de reconocimiento en este escenario del mundo ilegal. El problema es que allí esta autonomía funciona aparentemente en la medida que se ajusta a dicho marco generizado que se cristaliza en su sexualidad.

En este primer momento de su relación con el mundo ilegal que le plantea la calle, su nosotros está constituido por las relaciones próximas que sostiene con jóvenes mujeres y hombres que han participado de las barras bravas<sup>13</sup> y poco a poco introduce a quienes son consumidores. Nunca llega a participar más allá del consumo de sustancias, y, posteriormente, ella menciona que ha decidido cambiar, salir de este mundo, una promesa que se realiza en aras de mejorar la relación con su madre, una lideresa del barrio que se ha empeñado en ayudar a jóvenes consumidores del sector.

Contrario a Pedro quien plantea su cercanía con esos otros con quienes ha compartido, María establece una distancia y su narrativa comienza a ser mucho más intensa y cargada de juicios respecto a esos otros con los que antes compartía. Para pertenecer a la comunidad que le rodea, establece una frontera que confronta a ese otro del cual se excluye haciendo un proceso de incorporación a un nosotros a través de la expulsión de ese otro de su configuración como sujeto. El lenguaje de María construye una barrera entre “ellos” y su ahora “nosotros”, elabora una distancia cognitiva con esos sujetos con los cuales ha compartido una parte de su biografía en la calle, intenta convertirlos en extraños para así diluir su identidad y reconocimiento y controlar las emociones y tensiones que surgen a raíz de las acciones de exterminio.

No obstante, su compromiso con ese nosotros en el que se inscribe no la limita a convertirlo en objeto de su cuestionamiento. Reconoce la formalidad de la igualdad de todos quienes viven allí, sin embargo, la presencia de actores como “el duro del barrio”<sup>14</sup>, los sujetos que están armados, las familias que tienen un ingreso superior, son hechos que van dando cuenta en la práctica de que existen unas diferencias que los ponen en lugares distintos, condiciones que otorgan poder y socavan la horizontalidad en las relaciones. Por otro lado, considera que el barrio como espacio social le resulta “feo para vivir”, en la medida que el chisme, el rumor y la ausencia de reciprocidad son elementos que configuran una vida barrial compleja y difícil, sobre todo para aquellos quienes deciden realizar acciones de liderazgo.

No obstante, María también atraviesa por ejercicios de reflexividad sobre las problemáticas del barrio e imaginariamente define de qué manera puede resolverlas:

Yo le digo a mi mamá, si yo fuera presidenta o algo así, pongo a esos chinos marihuaneros a que realicen un trabajo, que se pongan a estudiar, que se pongan a hacer alguien en la vida, que saquen un cartón, mi mamá ha sacado un montón de marihuaneros de eso [María, 14 años, sector A].

<sup>13</sup> Grupos de hinchas del equipo de fútbol.

<sup>14</sup> Persona que logra tener un poder económico y generalmente armado dentro de un espacio barrial.

A pesar de que María tiene una experiencia de desencanto con la reciprocidad de la gente respecto a la labor que desempeña su madre quien tiene un rol de lideresa comunitaria, cierto es que la experiencia que ésta desarrolla le permite imaginarse en un ejercicio de participación dentro de la comunidad, lo cual nos da cuenta a partir de su imaginación cómo muestra relaciones de implicación cuando en su narrativa reflexiona sobre la experiencia de su madre, presentando soluciones frente a los problemas existentes, en especial de sus pares, es decir, no es una persona desentendida e indiferente como a veces se pretende mostrar frente a las problemáticas que vive en su espacio cotidiano. Hay un nivel de involucramiento con la sociedad de la que hace parte aunque sea en un ejercicio imaginativo.

Esta respuesta también es necesario leerla en dos claves: la primera, el hecho de que los problemas del consumo de sustancias tiene la lectura del plano individual y no se relacionan con una violencia estructural que afecta las condiciones de vida y las posibilidades de imaginarse, proyectar y realizar una noción de ser y estar en el mundo para estos niños, niñas y jóvenes. Es la configuración de la idea bastante difundida de que las opciones de cambio están en uno mismo y en las que se soslaya las condiciones estructurales que pueden posibilitar u obstruir la definición de estos proyectos de vida, es el sujeto del emprendimiento que se difunde.

La segunda clave refiere a las formas como se concibe la participación política. Es la idea de que las soluciones provienen del líder o lideresa en la que se deposita la representación para que se resuelvan los problemas de la comunidad dejando de lado el trabajo organizativo y el esfuerzo conjunto que se requieren para la realización de las gestiones en favor del mejoramiento de las condiciones del barrio. Desde lo micro, se crece considerando que es a otros -representantes, delegados- a quienes les corresponde llevar a cabo el trabajo político y de interlocución institucional para el logro de objetivos que son conjuntos. Incluso, en la mayoría de los casos, definir lo importante y urgente para una comunidad queda en manos de la representación política, puesto que no se desarrolla un ejercicio participativo, abierto, comunitario en la que de manera conjunta se piense y, en prospectiva se defina lo que se quiere para el espacio que comparten. Es la tendencia a dejar que otros decidan, definan y construyan el proyecto de sociedad.

Para Martha, al igual que María, la vida en la calle se le presenta como un espacio abierto para establecer sus propios límites, contrario a lo que sucede en el hogar. En el espacio familiar tiene una relación distante tanto con su madre como con sus hermanas a tal punto que manifiesta que ella no tiene problema en exponerse al riesgo de muerte debido a que no tiene quien la llore. La problemática que sostiene en la relación familiar la hace construir para sí misma la idea de que su vida no tiene valor. En la calle, compartiendo con sujetos consumidores ella encuentra un espacio de reconocimiento y cercanía. Por tal razón, al igual que Pedro, la calle es la posibilidad de constituirse como un sujeto digno de reconocimiento en el espacio de lo ilegal, particularmente del consumo, es el lugar donde puede considerarse a sí misma como un sujeto autónomo, que toma decisiones y una interlocutora válida para esos otros.

Tanto Pedro como María y Martha construyen su subjetividad política, sus representaciones y prácticas sobre ese *nosotros* de manera problematizada y tensionante, ellos comparten nociones y valores de los dos espacios y, por tanto, no les resulta fácil romper con el reconocimiento emocional que han realizado a los sujetos de ambos lados, se sienten sujetados emocionalmente, mantienen una relación empática con estas realidades. Contrario a la visión colectiva que hay sobre esos Otros a los que se les ad-

judica su responsabilidad de ser y estar en un mundo ilegal como sujeto a-histórico y descontextualizado, estos jóvenes, por el contrario, los posicionan en el marco de una historia y los reconocen también como víctimas de unas relaciones desiguales que les supera, a su modo; son capaces de reconocer la violencia estructural que se encuentra detrás de su precarización. Los tránsitos en la definición de su *nosotros* devienen en procesos excluyentes, si se participa de un nosotros donde se incorpora también los afectos y las relaciones que los vinculan con el sujeto del mal, es muy probable ser sujeto marginado dentro del ámbito de la vida barrial. Aunque coexisten en el mismo espacio, unos y otros se definen a sí mismos por ejercicios de exclusión, esto es parte de una herencia que ha venido quedando sedimentada en las formas de leer y construir la alteridad que la violencia armada ha enfatizado en la ciudad.

Estas experiencias como sujetos liminales les permite ampliar su horizonte de sentido respecto a sí mismos y respecto a lo que significa la vida en sociedad, en el campo de las relaciones conflictivas que no se resuelven fácilmente adoptando posturas de extremos porque reconocen los distintos matices y vínculos que puede darse entre ese *nosotros* y esos *otros*. Sin embargo, no se niega, como sucede con María, que puedan sentirse superados con relación a los prejuicios que la sociedad construye y, por tanto, optando por hacer cierres para evitar las interpelaciones que esos otros les realizan.

#### 4.2. Subjetividad de la disputa

La calle y los lugares recreativos de los sectores son espacios constituidos mutuamente, los adultos, niños, niñas y jóvenes se apropian de estos lugares durante los días, particularmente estos últimos, aprovechan para realizar actividades de ocio a través de las cuales generan sus puntos de encuentro con otros pares o de otras generaciones. La mayoría de los niños, niñas y jóvenes de los sectores A, B y C de Cúcuta mencionan que luego de la escuela o en sus fines de semana, se ven convocados a salir a la calle para compartir con sus pares.<sup>15</sup> Sin embargo, estos escenarios de placer y disfrute, de encuentro con sus pares y sus allegados, también son espacios de ansiedad y preocupación, debido a las regulaciones que impone coexistir con sujetos amenazados por la violencia.

Estos espacios se figuran como un palimpsesto de leyes normativas y códigos, contienen rutinas pero también modificaciones de estas rutinas. A través del tiempo se ha visto cómo las dinámicas han venido cambiando de acuerdo con los actores armados que allí se han instaurado y esto ha hecho que los habitantes deban irse acoplado a ellas. Marcelo menciona que hace unos años cuando era niño, podía salir sin problema a jugar con niños de su edad, la calle se sentía como un espacio seguro y de encuentro. Posteriormente, recuerda que la vida en el sector fue modificada, las calles se veían desoladas y pocas veces se realizaban encuentros en este espacio. Ahora se puede salir, pero se hace bajo la precaución de los horarios que se han establecido como regulación por parte de los nuevos grupos que controlan la zona.

De acuerdo con los distintos relatos que han construido tanto niños, niñas y jóvenes, la calle se convierte en un espacio de disputa con los actores armados así como

---

<sup>15</sup> En el caso de los niños, es importante mencionar que la posibilidad de desplazamiento se ve más limitada que la de los jóvenes y, en comparación con las niñas, tienen más libertades para salir, aunque muchos de ellos expresan pasar las jornadas solos debido a las ocupaciones laborales de los adultos con los cuales conviven.

con los adultos de su barrio. Mientras los consumidores de droga se instalan en estos lugares públicos, los niños y jóvenes van apropiándose también de estos lugares debido a que no cuentan con otros escenarios para su recreación. Allí coexisten con ellos y son precavidos respecto a las relaciones que establecen, de tal forma que buscan disminuir al mínimo las interacciones con estos sujetos.

Para Marcos de 11 años, del sector A, por ejemplo, otro espacio de encuentro con sus pares es una quebrada<sup>16</sup> que queda relativamente cerca de su barrio, así que decide ir allí con sus amigos y aunque sabe que en este sector suelen estar presentes no sólo consumidores de drogas sino también actores armados de los grupos que manejan el tráfico de drogas, antes que reducir la frecuencia de asistencia a estos lugares lo que deciden es distanciarse de la zona en que estos sujetos permanecen, de tal manera que, con estas acciones, desafían esta presencia. Más que actuar con temor, prefieren buscar algunas estrategias que según ellos reduzca su exposición al peligro pero que les permita seguir haciendo propio su espacio de encuentro. En el sector C, mencionan que cuando salen a sus encuentros prefieren realizarlo en horarios vespertinos, hasta las 5 p.m., cuando ya empieza a caer la noche consideran que es momento de ir a sus casas debido a que conocen de las restricciones de horario que se han impuesto a través de los panfletos y de los riesgos que implica la noche para su seguridad personal.

Llama la atención que los niños de los tres sectores son los sujetos que más se movilizan en la recuperación de estos espacios disputando a los otros su presencia. Primero, porque para ellos, los parques y las canchas son reconocidos como espacios públicos, es decir, según sus palabras “lugares para el uso por parte de todos”. Apegados a este acuerdo y considerando la precariedad de los escenarios recreativos en sus barrios, se ven compelidos a abrirse lugar allí donde los adultos --sus familiares y vecinos-- se han replegado. Es gracias a la actividad del juego, de sus intercambios con sus pares como estos niños van haciendo tomas activas de estos lugares, incluso en algunos momentos se han visto enfrentados haciendo reclamos serios a los adultos que quieren apropiarse de dichos lugares. Los niños, se expresan, gritan, hacen reclamos con el fin de manifestar que esos espacios son tan suyos como de los otros, a pesar de que se han encontrado en situaciones donde estos adultos terminan amedrentándolos, ejerciendo su fuerza como relación de dominio para expropiarlos, aunque saben que la ley del más fuerte impera, aun así, ellos expresan su resistencia:

Nosotros dijimos: Por qué si nosotros llegamos primero y la cancha no es de ustedes, entonces ellos dijeron, qué nos importa ustedes son niños y nosotros mayores y podemos agarrarlos y joderlos [Trabajo grupal con niños y niñas de 8-10 años, sector B].

Es decir, los niños, quienes son particularmente los que están más expuestos a estos espacios recreativos, no son pasivos respecto a la situación de vulneración, sin embargo, también saben que se encuentran en situaciones de desventaja respecto a la fuerza e intimidación que un adulto puede ejercer sobre ellos.

Los adultos se portan mal con los hijos que no son de ellos y no le pueden quitar la libertad de ellos porque llegaron primero a la cancha [Milton, 8 años, sector B].

---

<sup>16</sup> Riachuelo.

Esta es la reflexión que realiza uno de los niños en una de las actividades grupales, en las que todos los compañeros asienten y expresan que efectivamente en los espacios recreativos existen abusos de poder por parte de los más grandes quienes, aprovechándose de su condición de “minoridad”, buscan desplazarlos. Dentro de esta discusión vuelve a salir otra historia:

Estaban jugando con el balón de un amigo y llegaron unos manes [hombres] y nos dijeron que nos largáramos de la cancha que si no nos daban plomo y yo les dije muestre las pistolas y las mostraron y eran de juguete (risas) [Trabajo grupal, sector B].

Ante esta historia, niños y niñas manifiestan que los adultos que amenazan a los niños de esta manera se están involucrando en una situación crítica porque están amenazando a los niños y se sabe que por esto los pueden llevar a la cárcel, porque están abusando de su autoridad como mayores, es la forma en que se reconocen como sujetos de especial protección. Adicionalmente frente a este hecho, ellos hacen un cuestionamiento respecto a las posturas de cuidado, respeto y protección, manifestando que los adultos sólo lo hacen con relación a quienes son sus hijos pero no tienen una visión extendida a todos los niños y niñas. En cambio, en lugar de proteger, las relaciones se pueden tornar hostiles, de tal manera que aquí se puede observar un reconocimiento que ellos realizan sobre el principio de igualdad e interés superior como sujetos sociales de derecho y las negaciones de igualdad que precisamente realizan los adultos sobre ellos, el bienestar y cuidado individualizado. Incluso enfatizan que en estos espacios las relaciones suelen pasar por las amenazas y acciones armadas, en estos escenarios no hay distinción a la hora de generar acciones que se muestran marcadas por el poder que ejerce la violencia sobre el otro. Sin embargo, ellos siguen insistiendo y haciendo presencia para no dejar que sean despojados de estos lugares. Esa insistencia se refuerza con el reconocimiento que ellos hacen sobre sí mismos como sujetos que, aunque mantienen relaciones de subordinación frente a la autoridad del adulto, también tienen derechos y requieren hacerse valer a partir de la toma de estos espacios a partir de sus cuerpos, empujan, se meten dentro de las canchas, hacen presencia. Es con sus pares que se sienten vinculados y se organizan para realizar esta conquista y activan su cuerpo como la principal herramienta para estar allí.

De tal manera que quienes más tienen que elaborar y disputar la calle como espacio de participación, consumo y producción son los niños y jóvenes porque es su lugar por excelencia donde pueden definirse a sí mismos con mayores libertades. Es una disputa con la amenaza de los actores armados y las acciones de securitización de la calle por parte de las familias. La calle es el terreno de los micro dominios, un espacio vivido que permanentemente está siendo refigurado y el dominio por excelencia de los sujetos infantiles y juveniles, lugar de contestación, gozos y ansiedades, es un espacio que permite el debate y la expresión, los acuerdos y desacuerdos, las negociaciones se dan en un espectro de interacciones, las calles son mundo de vida y son centrales en el establecimiento de una vida urbana común que los niños y los jóvenes definen con sus pares enfáticamente (Simpson, 2011).

## 5. Conclusiones

Hemos señalado que Cúcuta y su área metropolitana ha vivido un escenario violento en sus últimas décadas. La presencia particular del paramilitarismo a finales de los

noventa generó una lógica de control social territorial a partir de la imposición y el consentimiento, este último, bajo una idea de protección ante la inseguridad que vivía la ciudad por parte de la delincuencia común, de tal forma que la violencia paramilitar se instaló negociando tácitamente su presencia, intercambiando orden y seguridad por control del territorio. El paramilitarismo impuso un orden, generó la imposición de una ley, organizó una dinámica de algo que se vivencia como caótico y descompuesto. Ante el orden desinstitucionalizado del Estado como fuente de justicia y control, el paramilitarismo negoció con las urgencias de la comunidad, intercambiando seguridad por dominio.

En el marco de esta violencia, se ha construido una narrativa que ha dividido a la sociedad bajo la lógica binaria del bien y el mal. Particularmente se ha construido una idea del nosotros a partir de una clara configuración del otro, otro amenazante -consumidores, expendedores y delincuentes- que requieren ser puestos bajo control, y, para ello, primero los paramilitares y después los grupos de recomposición paramilitar han sabido ejercer este control, que se sustenta en la idea de la vida precaria y el exterminio.

En este marco, los niños, niñas y jóvenes crecen tratando de configurar esta idea de nosotros y la calle y el barrio se convierten en lugares predilectos para la realización de dicha configuración. Allí, algunos, por sus trayectorias vitales, establecen un vínculo más cercano con los actores ilegales, generan vínculos o participan de sus dinámicas. De tal forma que, en su construcción subjetiva, estos no les son indiferentes, forman parte de un círculo de *nosotros* más ampliado, y, por tanto, ellos pueden ser vistos como sujetos liminales, capaces de transitar bajo el mundo de lo legal y lo ilegal, reconociendo las dinámicas en cada uno de ellos y dándole continuidad. Se convierten en bisagra que no permite hacer del todo desechable las vidas que transitan este mundo, les dan un lugar, las reconocen en su complejidad y sus contradicciones.

Por otro lado, los niños, niñas y jóvenes se presentan como sujetos protagónicos de la disputa. Gracias al poder que ejercen particularmente con su cuerpo en los espacios públicos que han sido tomados por los actores ilegales, la comunidad no se replega totalmente. Ellos tienen un rol importante en mantener y disputar dichos espacios, aprenden los códigos de intercambio, los elementos de protección ante dichos actores y ejercen presión para mantener estos como puntos de encuentro donde la comunidad no pierda su sentido de colectivo y de lo público. Su presencia permanente, aunque restringida por horarios, permite plantearse una disputa simbólica que no abandona la calle, ni los otros lugares públicos como los parques y las canchas como lugares pertenencia comunitaria. Ellos, a partir de la toma de los espacios a través del juego, repliegan a estos actores armados o consumidores y mantienen vigente la idea de la coexistencia con una comunidad a la que amenazan, obligan, pero que está ahí y con la cual tienen que compartir en interacciones de dominio y negociación.

## 6. Referencias bibliográficas

- Alvarado, S., Ospina, M., Gómez, A. (2013). Del sujeto moral al sujeto político. Algunas pistas epistemológicas y metodológicas para indagar por la constitución de subjetividades políticas en la primera infancia. En *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 101-118). CLACSO, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Arias, E., Goldstein, D. (Eds.) (2010). *Violent democracies in Latin America*. Durham NC: Duke University Press.

- Bonvillani, A. (2013). Hacia una construcción de la categoría subjetividad política: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes. En *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 83-100). CLACSO, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Fundación Progresar (2005). *Paz te han vestido de negro. Estudio sobre los derechos humanos en Cúcuta, en el contexto de la violencia y el conflicto armado en Norte de Santander*. Bogotá: Fundación para la Cultura democrática y Fundación Progresar.
- Häkli, J., Kallio, K. (2014). Subject, action and polis: theorizing political agency. *Progress in Human Geography*, 38(2), 181-200 (en línea).  
<http://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0309132512473869>.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Martínez, C., Cubides, J. (2012). Acercamientos al uso de la categoría de ‘subjetividad política’ en procesos investigativos. En *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 169-190). Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Muñoz, S., Alvarado, S. (2011). Autonomía en movimiento: reflexión desde las prácticas políticas alternativas de jóvenes en Colombia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1(9), 115-128 (en línea).  
<http://revistaumanizales.cinde.org.co/rllcsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/347>.
- Mead, G. (1993). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. México: Paidós.
- Mouffe, C. (1998). La política democrática hoy en día. En *Debates contemporáneos. En los márgenes de la modernidad* (pp. 113-126). México: Plaza y Valdés.
- Pécaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Rabello de Castro, L. (2004). Otherness in me, otherness in others children and youth’s Constructions of self and other. *Childhood*, 11(4), 469-493 (en línea).  
<http://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0907568204047107>.
- Rabello de Castro, L. (2007). Participación política en el contexto escolar: Experiencia de jóvenes en acción colectiva. En *Participación infantil y juvenil en América Latina* (pp. 17-45). México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
- Rabello de Castro, L. (2012). Children-Democracy and Emancipation. *Alternatives: Global, Local, Political*, 37(2), 165-177 (en línea). <http://www.jstor.org/stable/23210888>.
- Rabello de Castro, L., Rocha, A. (2009). ¿O que é que a política tem a ver com a transformação de si? Considerações sobre a acção política a partir da juventude. *Análise Social*, 193, 793-823 (en línea).  
<http://analisesocial.ics.ul.pt/documentos/1260461328M1jFM7cp0EI76KE1.pdf>.
- Ranciére, J (2000). Política, identificación y subjetivación. En *El reverso de la diferencia. Identidad y política* (pp. 145-152). Venezuela: Nueva Sociedad.
- Restrepo, S., Cardona, P. (2013). Ethos del límite y Ethos del rebasamiento. En torno al espacio público. *Escritos*, 46, 145-170 (en línea).  
<http://www.scielo.org.co/pdf/esupb/v21n46/v21n46a06.pdf>.
- Sabsay, L. (2011). *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Argentina: Paidós.
- Zelik, R. (2015). *Paramilitarismo: violencia y transformación social, política y económica en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Fescol, Goethe Institut.